

1846

*Mocoa 1.º de Enero de 1847.*

Rdo. P. Superior.

Si la larga relación que remito á V. R. ha tenido por objeto principal darle una sucinta idea de mis viajes en el interior de la República hasta el punto de mi residencia; esta servirá para informarle de mis ocupaciones en Mocoa, y de una nueva excursión que hice días pasados, y de otras cositas cuyo conocimiento puede serle útil.

La población de este pueblo llega á unas 300 almas. Viven de maíz, de yuca y plátano. El maíz en cualquier mes del año se da á excepción de tres; la yuca y el plátano son de tan buena calidad que difícilmente se encontrarán mejores en toda la República. Los indios son sumamente dóciles; entienden el castellano lo bastante; y viven tranquilamente en sus rozas, no muy distantes de lo que llamamos el pueblo de Mocoa, que tendrá unas 10 casitas. Todos los días asisten al Santo Sacrificio de la Misa, y después les hacemos la explicación de la Doctrina Cristiana por espacio de una buena hora; esta explicación les es absolutamente necesaria, no sabiendo la mayor parte de ellos lo preciso para salvarse. Por la tarde hacemos también otra instrucción á los blancos. El clima de este pueblo es sano, y el mercurio sube ordinariamente hasta 20° R. No estando el terreno desmontado más que en aquella parte que ocupa la plaza y la Iglesia, con algún principio de dos ó tres calles, y rodeado de empinadas montañas, no deja este pueblo á sus habitantes más vista que la del cielo. La comunicación con Pasto y los demás pueblecitos es casi nula, á causa de los pésimos caminos, los terribles ríos y penosísimas montañas que hay que pasar. Aseguro á V. R. que no sé como hay quien quiera venir á estos países, sino es por un fin tan noble y tan santo como

1846

el de ganar almas. Estas dificultades pudieran desaparecer casi totalmente, si se abriera un nuevo camino entre Mocoa y Sibundoy, desviado en parte nada más del que existe en la actualidad. No faltan puntos por donde podría realizarse este plan; por manera que si ahora se gastan 6 ó 9 días en venir de Pasto á Mocoa y con muchas penas, no se echarían más que unos 3 y con alguna comodidad. Hecho esto, no dudo se poblarían estos pueblos casi desiertos, crecería el comercio de Pasto y otros puntos vecinos, se cultivarían tierras fecundas, y se aprovecharía la República de maderas preciosas que se están pudriendo en estos montes. No se crea que la empresa de abrir estas vías de comunicación sea una cosa del otro mundo: nada menos. Los indios ofrecen sus brazos de muy buena voluntad para trabajar, con tal que se les presten los instrumentos necesarios. El Gobernador del Caquetá tampoco exige más que algunos fondos para los gastos indispensables. ¡Ojalá Dios conceda á la República una paz octaviana! y entonces me prometo conseguir la reducción de muchas tribus salvajes.

Como que soy cura de todas las reducciones existentes en este territorio en virtud de dos decretos, uno del Poder Ejecutivo, y otro del M. R. Sr. Obispo de Popayan, y en cuya presencia presté el juramento acostumbrado y mandado por la Constitución Granadina, después de haber descansado algunos días, resolví hacer una excursión por este territorio, que ha de ser el teatro de mis tareas apostólicas. Con este motivo emprendí mi marcha para Yunquillo y Descanse, dos poblaciones mucho menores que Mocoa, sitas, la primera junto á las corrientes del Caquetá, y la segunda no lejos de las del mismo y de las del Curuyaco. El recibimiento que me hicieron en ambas, fué análogo al que me hicieron en Santiago. Una particularidad quiero añadir, y es, que al pasar yo el Caquetá en balsa frente á Yunquillo, se presentaron hombres y

1846 mujeres en dos filas, y estuvieron de rodillas en la playa hasta que desembarqué. Allí me pidieron la bendición, y que impusiese las manos á varios enfermos que sacaron de sus rozitas. Once días he estado entre ir y venir, y casi he pasado los mismos trabajos que de Pasto á Mocoa. Pero Dios endulza estos trabajos con su divina gracia y con el consuelo que uno recibe al ver tan buenas disposiciones en los indios. Cuando salí de Mocoa para Yunquillo, los habitantes de esta ranchería me acompañaron hasta donde se vadea el río, llamado también Mocoa y distante una hora de aquí y tocaron las campanas á muerto. Pregunté si había fallecido algún indio, y me respondieron que no, que tocaban á muerto porque me iba yo que era su padre: lo mismo hicieron en Yunquillo y Descanse. Al revés, cuando volví todo era repicar en señal de alegría. La temperatura de Yunquillo sube á unos 24°. R. y la de Descanse es poco más ó menos como la de Mocoa. Pero creo que sus climas son mucho más sanos, y mejores para la Agricultura. Por Descanse se puede salir á la provincia de Popayan en 6 días: los caminos son mejores, según me han informado, que los de aquí á Sibundoy y Pasto. En Pongo y Almaguer, que son los primeros pueblos que se encuentran después de haber pasado la montaña, ya se hallan bestias de silla, y puede uno ponerse en Popayan en menos tiempo que yendo por Pasto, y evitando además el formidable Patia.

Bien cansado, como tengo indicado á V. R., y más muerto que vivo llegué á Mocoa la víspera de Navidad, para pasar las Pascuas en compañía del Padre Piquer. No piense V. R. que tuviéramos muchos dulces ni muy rica mesa ese día; unas lentejas y unos plátanos y alguna otra friolera nos supieron á cuanto quisimos, como el maná sabía á los Israelitas á lo que cada uno deseaba. Cargadas tuvimos las escopetas para ver si podíamos derribar algún mono, y preparar

con él algún guisado, pero ninguno se presentó. 1846 ¡Cómo ha de ser! Algo se ha de sufrir para ganar el cielo; lo que mucho vale mucho cuesta, dice un refrán. A pesar de esto disfrutamos de buena salud, vivimos contentos y pasamos el día parte en santas lecturas, parte en la contemplación de las cosas divinas, á que brinda ya la soledad y alejamiento del bullicio de las grandes ciudades, ya también el murmullo de los arroyos, el triste graznido de las aves de rapiña y los peligros mismos á que estamos expuestos. Lo demás del tiempo lo empleamos con nuestros mocitos en desmontar terreno y en otras cositas semejantes.

Voy á salir para continuar mis excursiones por el Putumayo y Caquetá; no me será posible regresar á Mocoa antes de mes y medio por lo menos, y dado caso que no me ataque alguna enfermedad, de las que ahora reinan en esos puntos. Tengo una buena cañoa preparada y buenos bogas; pero más cuento con las fervorosas oraciones de VV. RR. y con las de los excelentes Granadinos; y sobre todo, espero en la Santísima Virgen, cuyo patrocinio es el cúralo todo, y verdadero quita pesares del Misionero Jesuita.

Soy como siempre de V. R. su obediente hijo en C.<sup>o</sup>—José Segundo Laynez, Misionero de la Compañía de Jesús.

